



Capítulo 501: Vamos tras ellos.

El silencio que siguió a la masacre de Rize fue asfixiante. Ni siquiera los gemidos del lobo mutilado pudieron elevarse por encima de la presión aplastante que se apoderaba del barranco.

Roxanne se levantó lentamente, con los dedos todavía manchados de sangre fresca. Un contraste perfecto con su cabello dorado que brillaba con el viento, como si nada pudiera empañar su radiante belleza.

Regresó a Virgilio, deslizando sus brazos alrededor de él con una posesividad casi infantil. Sus ojos rojos brillaban, pero ahora no era sólo alegría o amor. Había algo más: una sombra de duda.

"Esposo..." Su voz era baja, casi melancólica, como si hubiera surgido un recuerdo. "¿Dónde terminaste cuando entraste?"



Virgilio arqueó una ceja, sorprendido por el repentino cambio de tono.

"Caminé," ella respondió simplemente. "Pasé por el bosque. Nada importante."

Se mordió el labio, como si esa respuesta no tuviera sentido. Su mirada se desvió por un momento, contemplando el vacío más allá del barranco.

"Para mí... no fue así en absoluto," murmuró. "Apenas había dado unos pasos y... era como si me estuvieran absorbiendo. Como si cada paso me arrojara más profundamente a algún lugar que no tenía principio ni fin."

Virgilio entrecerró los ojos, intencionado.



"Explicar."

Roxanne respiró profundamente, tratando de encontrar palabras para describir lo que había experimentado.

"Yo solo... caminé. Sólo un poco." Hizo un gesto, como si sus movimientos pudieran ayudar a transmitir lo que había sentido. "Pero antes de darme cuenta, ya estaba lejos. Muy lejos. Tan lejos que comencé a creer que nunca regresaría."

Su tono tenía una gran sinceridad. No había exageración ni teatralidad. Sólo la voz de alguien que había visto lo imposible.

"Era como si el suelo se moviera solo, alejándome de todo lo que conocía." Cerró los ojos y recordó. "Y lo siguiente que supe... fue que estaba en el fondo de ese abismo. Yo no caminé hasta allí. Me arrojaron. Como si la realidad misma me hubiera escupido en ella."



Virgilio se quedó quieto, analizando cada palabra.

"Este lugar..." murmuró. "Entonces no es sólo una prisión. Es un laberinto viviente."

Roxanne se volvió hacia él y sus ojos temblaban con algo entre ira y vulnerabilidad.

"No lo entiendes..." dijo ella con la voz quebrada. "La sensación de estar perdido, de no poder regresar... Fue horrible."



Ella se aferró más fuerte a él, presionando su rostro contra su pecho, como si temiera que desapareciera en cualquier momento.

"Pensé que nunca te volvería a ver..." Su voz se quebró, y por un instante la mujer destructiva, la Reina Sedienta de Sangre, no parecía más que una esposa desesperada.

Virgilio pasó su mano por su cabello dorado, un raro gesto de ternura.

"Estoy aquí", dijo con firmeza. "Y no te perderás otra vez."

Su cuerpo se relajó por un momento, pero luego su expresión cambió. Una chispa de preocupación apareció en sus ojos.

"Marido... ¿y los demás?"

Virgilio frunció el ceño.

"¿Los demás?"

"Sí." Roxanne levantó la vista seriamente. "No vine solo. Cuando entré... tenía a Katharina, Sapphire, mi madre, Raphaeline, Ada... e incluso a tu madre conmigo."

El silencio que cayó fue aún más intenso que el anterior.

Virgilio la miró fijamente, con los ojos estrechándose como cuchillas.

"Repetir."





"Katharina, Zafiro, mi madre, Rafaeline, Ada..." Roxanne contaba con los dedos, como si cada nombre fuera una herida abierta. "Y tu madre."

El aire parecía temblar a su alrededor. El peso del nombre final no era algo que se pudiera ignorar.

Virgilio se volvió hacia el horizonte, con la mirada perdida en pensamientos oscuros.

"Eso no tiene sentido", murmuró. "No vi a ninguno de ellos. Ni siquiera un rastro."

Roxanne entrecerró los ojos, confundida.

"¿Qué quieres decir? Estaban conmigo cuando entré. Lo recuerdo claramente. Los vi. Hablé con ellos."



Virgilio respiró profundamente y su expresión se endureció.

"Si estaban allí, entonces estaban separados de nosotros. De la misma manera que te arrojaron al abismo."

"Separados... o devorados," dijo Zuri con voz profunda, su forma colosal moviéndose detrás de ellos.

La serpiente deslizó parte de su cuerpo hacia adelante, haciendo temblar las piedras bajo su peso. Sus ojos amarillentos brillaban como soles antiguos, fijados en Roxanne.



"Las cárceles de este tipo no sólo contienen. Ellos... se fragmentan. Ellos se distancian. Cada paso puede conducir a un destino diferente."

Titania, todavía sentada en la cabeza de la serpiente, balanceaba las piernas como una niña aburrida.

"Hmph. Es como caer en una red de espejos. Crees que estás caminando en línea recta, pero te sientes atraído hacia el reflejo que quieren que veas."

Roxanne resopló de frustración. "Eso no cambia el hecho de que estaban allí conmigo. ¡Y necesito saber si están vivos!"

Virgilio se volvió hacia ella y sus ojos rojos ardían como brasas. "Vivo o no... lo descubriremos. Pero no te perderás otra vez." Su voz contenía una promesa inquebrantable, un tono que no suscitaba ninguna disputa.

Roxanne abrió la boca para responder, pero dudó. Su mirada parpadeó por un momento, regresando al cuerpo mutilado de Rize, todavía derramando sangre. Algo en ella parecía pesado, como si la escena finalmente hubiera atravesado la armadura de absoluta confianza que siempre llevaba.

Virgilio se dio cuenta. "Ce s-a întâmplat?"

Le tomó un momento hablar. "Es solo que... si eso me hubiera pasado a mí... ¿qué podría haberles pasado a ellos?"

Vergil no respondió de inmediato. Su mirada permaneció dura, fija en el horizonte, como si intentara calcular cada variable.





Vanny, que hasta entonces no se había atrevido a hablar después de lo que le pasó a Rize, dio un paso adelante.

"Si la prisión separa a todos... entonces cualquiera de ellos podría estar en peligro ahora mismo."

Fue la primera vez que sus palabras no sonaron teñidas de celos o veneno. Sólo había preocupación —quizás por Virgilio, quizás por las otras mujeres que llevaban su sangre.

Vergil asintió lentamente.

"Sí," murmuró. "Y por eso no podemos perder el tiempo."

Roxanne le agarró la mano con fuerza. Sus ojos rojos brillaban, pero ahora no de alegría ni de ira. Fue algo diferente. Determinación.



"Entonces los encontraremos. Todos ellos. No importa dónde estén."

Virgilio la miró. Y por primera vez desde que la conoció, vio no sólo a la esposa posesiva y caótica, sino también a la reina que no abandonaba a la suya.

Él le apretó la mano hacia atrás. "Vamos."